

Primera parte de los ratos de recreación.
Ludovico Guicciardini. Traducción de
Jerónimo de Mondragón. Edición de Ángel
Pérez Pascual. Valencia, Universidad de
Valencia, *Lemir*. 2024

David GONZÁLEZ RAMÍREZ
Universidad de Jaén
ORCID: 0000-0001-5244-4883

Ludovico Guicciardini (1521-1589) dedicó los últimos años de su trayectoria a asuntos de política y gestión, por lo que aprovechó para aplicarse a la escritura y componer varias obras a partir de las experiencias que acumuló a lo largo de su vida itinerante. Por aquellos años también concluyó una compilación de narraciones breves, *L'ore di ricreazione*, que presenta una curiosa trama editorial, con una edición furtiva (*Detti et fatti*, 1565, entregada a la imprenta por Francesco Sansovino), otra censurada y varias aderezadas por el autor (la última, con importantes ampliaciones, de 1583). El narrador italiano ensayó una atrayente floresta de facecias, *detti e fatti*, preguntas y respuestas, repertorios de lugares comunes y fábulas. Guicciardini se suma a la lista de autores que trataron de facilitar a sus contemporáneos la quintaesencia de esos libros inaccesibles y de acercar un tipo de literatura didáctica a los menos duchos con lenguas antiguas.

En el último cuarto del siglo XVI, en el fragor de las traducciones de los *novellieri* al español (se había vertido la colección de Straparola en los años setenta), los hermanos Millis

apostaron por traducir las colecciones de Bandello, Sansovino (su antología) y Guicciardini. La publicación de la primera, parcial, se retrasó a 1589 (una segunda parte quedó en pliegos manuscritos y nunca salió) y la selección de Sansovino quedó inédita. Se adelantó a esos proyectos retrasados o frustrados la edición de las *Horas de recreación* (1586) de Guicciardini. De los más de quinientos relatos de la edición que manejó Millis, en su traducción solo falta poco más de una docena. Dos años después apareció en la imprenta una obra en cuya portada lucía este largo título: *Primera parte de los ratos de recreación del excelente humanista M. Ludovico Guichiardino, patricio florentino. Traducidos de lengua italiana y añadidos otros muchos que se han puesto en lugar de algunos que se han dejado de traducir por ser de poco provecho, e ilustrados con muchas autoridades de poetas y otros graves escritores griegos, latinos, españoles, italianos y franceses por el licenciado Jerónimo de Mondragón [...]*.

No demasiado sabíamos de Mondragón, que fue profesor de Derecho en la Universidad de Zaragoza, hasta que Ángel Pérez Pascual ha consagrado unos cuantos años de su trayectoria investigadora a leer con atención toda su obra —textos originales y traducciones—, contextualizarla y relacionarla con la de otros autores. Quizá su libro que más ha sonado en estos años haya sido *Aqueste es Avellaneda. El Quijote apócrifo y las otras obras de Jerónimo de Mondragón* (2020), donde traza el mejor perfil biográfico de Mondragón hasta el presente, elaborado a partir de documentos de archivo desconocidos y de la minuciosa lectura de sus trabajos, de donde entresaca detalles sustantivos sobre sus proyectos e ideología. Pero de este libro lo que será comentado durante mucho tiempo es la vinculación que plantea con la identidad Avellaneda, pues la hipótesis que se sostiene —y se defiende en unas cuatrocientas páginas— es que el famoso contrincante de Cervantes podría ser Jerónimo de Mondragón. Su investigación no se queda solo en los márgenes de la hipótesis: sus finas pesquisas han traído un feliz rescate editorial. En 2020 ha presentado, con estudio introductorio y notas, la edición de un libro de métrica, *Arte para componer en metro castellano* (1593), publicado solo un año después de la famosa *Arte poética española* de Díez Rengifo. Al único ejemplar conocido —que estaba en la biblioteca de Heredia— se le había perdido la pista a finales del siglo XIX, pero Pérez Pascual ha

seguido sus huellas y lo ha localizado en la Biblioteca Municipal de Versalles.

Esta contribución se suma a la reedición conjunta, en *Lemir*, de otras dos obras más de Mondragón: una traducción-recreación, la *Primera parte de los ratos recreación* (nunca continuada) y la *Censura de la locura y excelencias della* (1598), obra cuyo talante erasmiano ha sido muy debatido. Con el texto de Guicciardini —que es el que reseño en estas páginas—, Mondragón veló sus primeras armas en el campo de la traducción (después se animó también con el latín). En la edición que nos presenta Pérez Pascual, traza una sucinta biografía (pp. 718-758) centrada en tres tipos de identidades: biográfica (es decir, la apoyada documentalmente), literaria (de un carácter ideológico) y lingüística (centrada en aspectos de lengua). Las tres están en cierto modo encaminadas a reforzar las relaciones con Avellaneda, sintetizando algunos argumentos de su monografía y ofreciendo «nuevas consideraciones».

La identidad de Avellaneda ha sido un enigma desde tiempos de Cervantes, pero a vuelto con más ímpetu a un primer plano en los últimos veinte años, desde las efemérides del primer *Quijote*. En estos tiempos de rápidas atribuciones —algunas verdaderamente hilarantes, como la que ha tenido que soportar el bueno de Castillo Solórzano—, se han levantado tantas conjeturas sobre Avellaneda que se hace difícil que la comunidad filológica asuma como ciertos los postulados sobre la autoría del *Lazarillo* o del *Quijote* de 1614. Sin embargo, no es justo que se mezclen churras con merinas. Hay trabajos que se sostienen mejor como malos *thrillers* narrativos que como investigaciones filológicas (aunque sus autores pontifiquen con togas blancas y galones púrpuras), mientras que otros se caracterizan por su honestidad y se quedan en los márgenes de la hipótesis. El de Pérez Pascual pertenece a este segundo linaje: ofrece como hipótesis razonable —con lo lábil que es este término en este contexto— la relación identitaria entre Mondragón y Avellaneda.

Por volver a los *Ratos de recreación* de Guicciardini, Pérez Pascual se centra en su estudio introductorio en una cuestión no resuelta aún: cuál fue el modelo subyacente sobre el que trabajó Mondragón, si la edición de Amberes de 1568 o la de Venecia de

1572 (pp. 758-762). Plantea Pérez Pascual un cuadro comparativo donde enfrenta las variantes de cuatro ediciones italianas con las lecciones de las traducciones de Millis y Mondragón (pp. 761-762). De la comparación se desprenden algunas evidencias, como que la edición desautorizada preparada por Sansovino no pudo ser el texto elegido por Mondragón, como tampoco lo fue la última edición, la de 1583, última revisada por Guicciardini. Entre las otras dos, una variante significativa de la edición veneciana del 72 aparece en la traducción de Guicciardini; para Pérez Pascual podría tratarse de una coincidencia «casual o accidental», pero «*levatosi in piede*» / «se levantó en pie» parece inclinar la balanza hacia la edición de 1572.

La traducción de Mondragón es muy diferente a la de Millis, pues transmite tan solo cuarenta y siete «ratos» (apenas un diez por ciento del libro de Guicciardini, como apunta Pérez Pascual), que no se corresponden una a una con las facecias del original, pues algunos «ratos» aglutinan varias narraciones italianas, mientras que otros pertenecen a otros autores. En su prólogo, Mondragón avisó al lector de que añadió un asterisco allí donde incorporó textos de otros autores, pero no fue realmente escrupuloso en su labor. Como explica Pérez Pascual, la «abrumadora presencia de referencias grecolatinas era obviamente inexcusable en un tiempo de transición al Barroco en el que el alarde de erudición clasicista se ponía al servicio tanto del prestigio artístico como de la autoridad moral» (p. 774). De estos últimos, tradujo de manera directa fragmentos de Horacio, Ovidio, Faerno o Petrarca. En cambio, las partes que extrajo del *Orlando furioso* de Ariosto parten de la traducción que hizo en 1549 Jerónimo Jiménez de Urrea (claro gesto de cortesía con su pariente Luis Jiménez de Urrea, dedicatario de los *Ratos de recreación*).

Pérez Pascual dedica un apartado a estas fuentes (pp. 772-776) donde demuestra qué ofreció realmente de Mondragón (cuarenta y nueve facecias) y qué de otros autores (más de cien). A su juicio, si a las recreaciones de muchas facecias unimos la adición de otras de diferentes autoridades, esto supone un claro «fraude literario», pues se promete «un contenido que poco se corresponde con la realidad»; asimismo, explica que se parte «de un modelo para destruirlo, despojándolo de su esencia, y reconstruirlo dentro de las

coordenadas de una estética contrarreformista, seleccionando, reduciendo o amplificando el contenido de dicho modelo para orientarlo hacia una moral estricta y esquemática» (pp. 772-773). Hoy, desde una concepción moderna, podemos evaluar como fraude el trabajo de Mondragón, pero, desde un punto de vista epistemológico, cuando tratamos sobre traducciones antiguas conviene situarse en el horizonte cultural en el que surgieron para valorar su posible aportación, que se concibe mejor si lo explicamos desde la apropiación de los textos y su recontextualización.

En cuanto a la idea de presentar un proyecto que se distanciase de la colección de Guicciardini (y colocar la voz *ratos* en lugar de *horas*, donde en italiano se leía *ore*), quizá responda a un intento de alejarse del producto ofrecido por Millis, que sería conocido por buena parte de los lectores interesados en este ámbito de la literatura. Asimismo, a diferencia de la fidelidad a la letra de Millis, los textos que presenta Mondragón a menudo son retocados con sutiles –y no tan sutiles– ampliaciones por aquí, por allá y por acullá, como comenta Pérez Pascual con numerosos ejemplos en el apartado sobre «la manipulación» en la obra (pp. 763-772) y en las notas al texto. Pero hay que reconocer que son «estas prácticas intervencionistas [...] las que amenizan la narración con más diálogos o las que enriquecen el relato original», como admite Pérez Pascual (p. 772).

En este sentido, estamos ante una colección muy personal que se sazona con casos que el mismo traductor recuerda: «Acuérdome que en el año ochenta y dos, haciendo noche en la ciudad de Murcia, estando cenando el mesonero y su mujer [...]» (rato 30). Parece claro que Mondragón, si no «quiso ser el *Guicciardini* español» (p. 773), que sería posible, se aprovechó de la obra de Guicciardini, de la que finalmente ofreció una antología, para presentarse al público como un compilador de facecias. En este orden, casi podría decirse que más que una traducción de *L'ore di ricreazione* trufada de dichos, hechos, facecias, etc., tenemos una renovada compilación en la que su responsable, Mondragón, no quiso ejercer solo de traductor, sino también de reescritor y compilador. Es evidente que el profesor de la Universidad de Zaragoza quiso ofrecer una propuesta literaria distinta, no solo

porque intervino activamente sobre los textos de Guicciardini, sino sobre todo porque su libro es en realidad un compendio de facecias de la tradición clásica y contemporánea. Por primera vez desde que salió publicada en Zaragoza en 1588, Pérez Pascual pone a disposición de los lectores actuales esta traducción antigua del italiano, hecho que siempre debe ser celebrado por cuantos nos interesamos en el incesante camino de ida y vuelta entre Italia y España.